

EL “RUAH” DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCIÓN

=
¿Cómo cantaría el poeta sus versos sin pronunciar palabra? ¿Cómo interpretaría el músico su melodía en el silencio del pentagrama? ¿Qué forma pictórica mostraría el lienzo que sólo ha sido contemplado por la mirada del pintor? ...

El “Ruah” es el soplo de los dioses. La musa de la inspiración. La energía que aletea más allá y más acá de la creación. El “Ruah” Es. ¿Cómo expresar lo que Es?. Sólo desde el Ser...he ahí el dilema.

El ser humano participa del Ser, tiende hacia el Ser y el Ser es “Ruah”, Dios. Hoy después de habernos aproximado al Padre y al Hijo, vamos a recorrer el camino del Espíritu.(1) Porque el Espíritu es el “Ruah”. Esta tercera aproximación a la divinidad es la primera. Todo en Dios es principio y fin, alfa y omega. ¿Por qué la tercera persona puede ser la primera?. Porque la primera es el “Ruah”, el soplo que aleteaba en los orígenes, el principio de toda causa (2).

La primera es la tercera, porque en Dios todo es Uno. Así Padre, Hijo y Espíritu Santo son Tres en Uno. ¿Son tres dioses?. No, es la expresión aprehendida por lo humano de la misma y única divinidad, del mismo y único Dios. Toda la divinidad se aprehende en el Hijo, ya expusimos cómo (3). Ahora desde el Hijo del que formamos parte en Cristo, tratemos de exponer, por aproximación, lo que es el “Ruah”.

“Ruah”, para el poeta es la poesía que no ha sido escrita... para el músico la melodía que baila en la mente antes de ser interpretada... para el pintor el paisaje que aún permanece en el pincel... para el creyente, ¡el verbo, la palabra, la creación, la vida antes de ser en-carnada ! ¿Cómo es posible hablar desde el silencio?. Igual que crear desde la nada (4).

Todo es posible para el creyente en Dios. El Espíritu es antes que la palabra, antes que la creación ¿Cómo explicar, es decir, sacar al exterior lo que está en el interior, si desde el interior no es posible definir el Espíritu, porque es Él quien la hace posible?. Una mente que pretenda explicar el Espíritu es millones de veces más absurda que un artista que pretenda explicar a su musa, cuando es ella la que le permite explicarse a él.

Cualquier ejemplo remite a la experiencia que pretende explicar. Pero la explicación nada tiene que ver con la fuente que la hace posible. El Espíritu es “Ruah”, algo inenarrable. ¿Cómo narrar lo inenarrable?. Creemos que a través de las preguntas hemos intuido la respuesta. Esa intuición !Esa!, puede ser la aproximación al Espíritu.

Nuestro ensayo se acercará a la intuición que del Espíritu tiene el Antiguo Testamento. Ahora bien, lo hará desde la óptica de nuestro nuevo milenio. El Espíritu no es algo que esté en el Antiguo Testamento; el “Ruah” es quien, de hecho, lo hace posible permitiéndonos, a la vez, comprender nuestro presente.

Aquel tiempo y éste forman parte de la historia de la salvación porque la salvación nunca ha estado fuera de la historia. La salvación en la historia recorre todo tiempo, porque es el “Ruah” quien ha hecho posible la creación. Trascender la creación es acercarnos al Espíritu; trascender el tiempo es alcanzar la plenitud de los tiempos donde el Antiguo y el Nuevo Testamento se hacen uno en cada presente y se reencarnan en todo cristiano que, con Cristo, vive la experiencia del Espíritu.

Teología y antropología

Antes de introducirnos en el concepto de “Ruah” según la teología del Antiguo Testamento, nos parece oportuno adentrar al lector en la posición que tomamos de partida para efectuar el presente ensayo.

La teología es la ciencia sobre Dios como la antropología es la ciencia que versa sobre el hombre. Ahora bien, como creyentes no podemos prescindir de la antropología cuando queremos estudiar la teología. La teología bíblica es antropología cristológica. ¿Y qué es la antropología cristológica sino la esencia de la teología? ¿Es posible separar ambas? (5).

En la forma en que respondamos a estos interrogantes situaremos nuestra personal creencia, es decir, nuestra personal antropología, frente a la denominada teología bíblica o antropología cristológica. De esta forma teología y antropología son inseparables. Es más, la teología sólo se puede entender desde la antropología.

La Biblia nos muestra el actuar de Dios en la historia. Lo que es Palabra de Dios en la historia (Antiguo Testamento), es lo que es Humanidad de Dios en la historia (Nuevo Testamento). Primero se revela la Palabra, y después, la Palabra, se encarna, se hace humanidad en Cristo: *“En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios... Y la la Palabra se hizo carne...”* (Jn 1, 1-14).

No se trata de dos revelaciones distintas; disponemos de la misma y única revelación, aprehendida desde la historia (lo objetivo y externo) o desde el hombre (lo subjetivo e interior). La Biblia, así, es la revelación de Dios en la historia, que en su plenitud, se humaniza, se encarna en el ser humano.

¿Qué es, por tanto, este ser humano?. El cenit de la revelación, de la misma y única revelación. Desde esta visión la antropología es pura teología ya que en Cristo toda la teología se hace antropología y toda la antropología es cristología.

Creemos que el razonamiento no admite dudas cuando lo referimos a la persona de Jesús. Ahora debemos dar el salto en el vacío. ¿Por qué?. Porque nada de lo dicho es cristiano si no se re-encarna en cada tiempo. El creyente del siglo XXI tiene que re-leer el mensaje (la Palabra) y hacerlo vida en él. Desde esta particular vivencia, retoma la palabra evangélica y la actualiza, es decir, la reencarna.

Ser cristiano es vivir la experiencia de Cristo como Hijo de Dios. Vivir esta experiencia es conocer el misterio de la trascendencia. En una palabra hacer teología. ¿Dónde se hace y se revela esta teología?. En cada persona y a través de su concreta antropología. De esta manera vuelve la teología a ser antropología.

Desde la vivencia de cada creyente se comprueba que el Dios de la historia, el Dios de Israel, el Dios de la teología, es el Dios que culmina toda antropología, pues, en definitiva, o Dios se revela en la antropología o no puede ser captado por el creyente.

Esta necesaria explicación se debe a que para captar el Espíritu, únicamente lo podremos hacer desde la vivencia personal del Espíritu. Caso contrario estaríamos haciendo filosofía de la religión. Desde estas páginas venimos expresando la vivencia cristiana de Dios y no el pensamiento sobre Dios. Toda la teología bíblica, si bien razona la experiencia de Dios, lo hace siempre desde la personal vivencia.

El Dios de nuestros padres ha sido y será siempre el Dios de alguien en concreto (Gn 32, 9 ; Ex 3, 13). El de Abraham, Isaac o Jacob, el Dios de Moisés o de Isaías y en la “plenitud de la historia” el de Jesús de Nazaret. No es este Dios un Dios del pensamiento, se trata de una experiencia del trascendente que se encuentra más allá de todo razonamiento, aunque como es lógico en todo acontecer humano, se trate, a posteriori, de mitificar con la razón la experiencia acontecida (6).

Esta experiencia se denomina Antiguo y Nuevo Testamento, más no porque sean distintas ya que se trata siempre de la experiencia de Dios en la historia. Cada experiencia inicia un nuevo paradigma, dado que cada vivencia del trascendente se mitifica en la forma y manera que cada ser humano tiene para expresar lo que le sobrepasa. Cristo, desde su plena vivencia de Dios, inició en la historia un nuevo paradigma que denominamos en relación al anterior “Nuevo Testamento”. Esta novedad es la que siempre ha permanecido en la historia de los humanos desde la creación.

Lo novedad no parte de Dios, Él siempre Es fiel a sí mismo. La novedad del paradigma parte de la vivencia (que es antropología), del hombre, que en Cristo, es plena vivencia del Hijo, que siente a Dios como Padre.

Esta manera de encarnar la teología es la que nos hace expresar que Dios es más yo que yo mismo. Así podemos comprender que Jesús dijera que quien le veía a él, veía al Padre. El cenit de la revelación siempre es el hombre. En Cristo está la plenitud del hombre, de ahí que la revelación esté culminada. Ello no obsta para que podamos decir que en cada tiempo la revelación sigue realizándose, ya que en cada devenir no hay plenitud hasta alcanzar la resurrección

Cristo alcanzó la resurrección. Quien cree y vive esta experiencia es llamado cristiano. Esta vivencia es antropología cristológica o teología bíblica. ¿Cómo expresar esta eterna revelación?. Cada cultura desde su particular paradigma. Así ha sido, es y será. Pero el paradigma no es la revelación, sino el razonamiento que sobre el “rumoreo de lo infinito” hace el creyente en su particular tiempo (7).

Desde el particular devenir se razona la experiencia acontecida más allá del tiempo. Así Juan desde el Apocalipsis o el Yahvista y Sacerdotal desde el Génesis. Alfa y omega son uno cuando el creyente se deja alcanzar por la resurrección. El paraíso se revela desde esta plenitud de los tiempos como el “lugar” al que va la humanidad y el Apocalipsis como la situación de la que parte.

Juan parte de su experiencia de Dios desde el Apocalipsis y dado que esta experiencia siempre es nueva, parece que nos habla de un final al que llegará el mundo, cuando realmente se trata de un principio, el suyo, el que tuvo Juan cuando experimentó la resurrección. Desde esta experiencia el tiempo es muerte. Juan nos relata la muerte del tiempo desde la eternidad de la resurrección. El tiempo mortal del Apocalipsis no es una realidad a la que se llegará al final, sino una realidad que se vive “ahora” y que se revela en quien se adentra en la resurrección.

El paraíso terrenal, desde esta perspectiva que revela el Espíritu no es el principio del que fuimos arrebatados por un Dios celoso de su poder (Gn 3, 24). Se trata más bien de la vivencia primigenia del creyente que supone a un hombre liberado del pecado, que es muerte. Esta muerte desconocida para toda la creación se revela ante él en el instante que se le revela la vida (8). Desde esta experiencia de vida, el Padre, en el Espíritu, le va revelando que el Hijo no puede morir.

El Hijo se plenifica en Cristo y nos revela que el paraíso nos aguarda tras la resurrección, es decir, que se encuentra al final del tiempo. Por supuesto que desde la experiencia de eternidad que descubre el creyente cuando se adentra en la resurrección, al desaparecer el fantasma del devenir, alfa y omega se unifican. En la eternidad al no existir espacio entre alfa y omega, el paraíso no está ni al principio ni al final dado que como el Apocalipsis, siempre ha estado presente en el aquí y ahora de la resurrección.

¿Cómo se nos revela esta ciencia de Dios? A través de la teología que en cada creyente se va asumiendo en su personal antropología. ¿Quién desde el Génesis está haciendo posible esta revelación de Dios en el mundo y en el hombre? Dicho en otros términos ¿Quién nos revela al Dios Padre (creación) y al Dios Hijo (encarnación-humanidad)? : El Dios Espíritu.

Pongamos en “actividad” nuestra personal antropología, para desde la “inmovilidad” eterna re-descubrir el Espíritu que siempre ha estado haciendo novedoso cualquier paradigma humano, llámese éste Antiguo o Nuevo, primero o último, alfa u omega, Génesis o Apocalipsis.

La Pneumatología

La pneumatología es la ciencia que habla sobre el Espíritu. Aquí hemos de hablar sobre el Espíritu según lo entendían en el Antiguo Testamento. Ciertamente que hasta hace relativamente poco tiempo hablar del Espíritu, más si éste era el Espíritu Santo, era extremadamente complicado. De hecho, los movimientos carismáticos producían cierto recelo (9).

En el siglo pasado, en la década de los sesenta la pneumatología era la cenicienta de las ciencias teológicas. Pareciese como si el Espíritu Santo fuera el fantasma que aterraba a los teólogos que estaban comenzando a crear el nuevo paradigma en el que pudiera expresarse la fe.

¿Por qué existía este temor hacia lo que llamamos la tercera persona de la divinidad? ¿Por qué, de hecho, sigue existiendo en muchos creyentes cierto recelo a hablar y expresar las realidades del Espíritu, cuando es el Espíritu el que da vida y la Palabra si es evangélica, es decir, verdadera, siempre es Espíritu y Vida? (Jn 6, 63).

Las respuestas a estos interrogantes aunque difíciles de explicar con la brevedad que requiere este ensayo son fáciles de entrever. El Espíritu, para el creyente, es la fuerza de Dios. ¿Quién puede parar la fuerza del trascendente?. Nadie. Ahora bien, se pueden coartar y cercenar las manifestaciones humanas de esta fuerza. ¿Cómo? A la teología se la puede frenar desde la antropología.

La primeras comunidades cristianas, especialmente las mujeres, experimentaron en sus propias carnes estas verdades del Espíritu. La fuerza del Espíritu del resucitado les hizo creerse iguales a los hombres. Craso error en un mundo machista como el que imperaba en el siglo primero de nuestra era y sigue imperando en aquellos que no han llegado a la plenitud de los tiempos.

“Como en todas las Iglesias de los santos las mujeres cállense en las asambleas; que no les está permitido tomar la palabra, antes bien, estén sumisas como también la Ley lo dice. Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus propios maridos en casa; pues es indecoroso que la mujer hable en la asamblea” (1 Cor 14, 33, 35). La mujer quiso hablar como el hombre y se le ordenó callar. La mujer quiso ocupar el mismo puesto que el varón en la nueva iglesia y fue situada a un nivel inferior, ¿cómo?, con el velo que cubría su cabeza y recordaba su posición en la creación (10).

Desde entonces no se ha realizado una doctrina sobre el Espíritu, una pneumatología o una teología espiritual sino más bien una enseñanza sobre la administración que la iglesia ha hecho del espíritu a través de la historia (11).

La enseñanza sobre esta administración del Espíritu ha impedido en ocasiones el estudio sereno del “Ruah” de Yahvé a través de la historia bíblica y del Espíritu Santo a

través de la historia concreta de la Iglesia. Aquí vamos a centrarnos en el “Ruah” de la antigua economía, no porque sea distinto u otro del correspondiente al Espíritu Santo.

Dios es siempre el mismo. Sin embargo el hombre, no. Se impone estudiar el “Ruah” desde la antropología, desde la asunción que de Él va realizando el creyente en su propio devenir.

La antropología sobre “Ruah”

Nos interesa resaltar que si bien “Ruah” es un vocablo que expresa el Espíritu de Dios y que en el Nuevo Testamento es más exactamente el Espíritu Santo, no siempre fue así. La antropología existente en el Antiguo Testamento necesitó ir asumiendo la fuerza de este Espíritu, hasta alcanzar con Cristo y su Iglesia la plena significación del vocablo (12). “Ruah” es, en definitiva, un misterio que va envolviendo a todo hombre de fe y que alcanza su cenit en la resurrección.

Tras la resurrección llega en la plenitud de los tiempos, el Pentecostés que posibilita al creyente a comprender, aunque no entienda, la poderosa fuerza que denominamos “Ruah” (Hch 2). El misterio que se esconde tras el Espíritu se comprende fácilmente cuando intentamos aproximarnos a su óptico significado.

Comencemos preguntándonos: ¿Qué es “Ruah”, un sustantivo masculino o femenino?. Para responder a este interrogante hemos de considerar cuál es la función que se le atribuye. Es habitual encontrar el sustantivo en femenino: la “Ruah”, especialmente cuando representa la acción creadora de Yhavé. Contrariamente cuando representa su poder destructor, la feminidad se torna en masculinidad: el “Ruah” (13) .

La antropología del Antiguo Testamento nos muestra que “Ruah” y vida guardan una estrecha relación. De hecho en los orígenes el aliento vital (Ruah) no es la simple respiración humana, sino más bien la entrecortada y agitada respiración que se provoca tanto al engendrar vida como al parirla. Ambos instantes hablan por si mismos de la feminidad del vocablo en cuanto creadora y dadora de vida y de la fuerza vital que esconde su teología cuando se encarna en la antropología.

El misterio del Espíritu Santo trasciende las categorías antropológicas, es entonces cuando la teología trata de expresar en Cristo y hacia Cristo este gran misterio que nos “cubre” desde los orígenes, como a María cuando va a ser “cubierta” por el Espíritu y a engendrar en ella a la nueva humanidad.

En el dígito sexto, “al sexto mes” o en el día seis (Lc 1, 26; Gn 1, 31), Yhavé recrea y crea respectivamente a su Hijo. En ambos casos es la “Ruah” quien sigue como en los orígenes aleteando y haciendo posible la creación.

El hombre de fe siempre ha intuido que el Espíritu se halla en continuo movimiento (14). Dios descansa en el séptimo día, no así la “Ruah”. Gracia a ella puede el ser humano dar a luz a una nueva existencia no conocida hasta esos instantes en toda

la creación. Es en ese “momento meta histórico”, que se repite una y otra vez en cada devenir humano, cuando el hombre al tomar consciencia de su razón, transforma al primigenio homínido en un ser humano a imagen del creador.

Cuando la “Ruah” penetra en las narices de Adán, éste comienza a respirar. No es extraño que la respiración, el aliento, fuera en una primera fase antropológica la “Ruah” Yahvé. La antropología precisa de una encarnación plena para llamarse cristología. Ese es el instante eterno donde teología y antropología se funden; el momento donde el hálito humano y divino se funden en Cristo (15) .

Con el fin de aprehender la resonancia que esta fuerza llamada “Ruah” fue tomando en la antigua economía vamos a resaltar algunos “momentos” de la historia de Israel donde se observa que es el Espíritu quien posibilita al hombre de fe a definirse como hijo de Dios.

Ruah y Creación

El Espíritu de Dios es creativo y femenino cuando hace brotar la vida. Por el contrario es temible y poderoso cuando en su “faceta” masculina destruye a quien osa contradecirle. Este antropomorfismo guarda una lógica interna llena de sabiduría.

Esta sabiduría no es otra que la del pueblo que se autodefine como hijo cuando cumple la palabra recibida y se realiza a través de ella.

“Ruah” destruye y construye. El pueblo fue asumiendo esta antropología en el devenir de su propia antropología. Las diversas acepciones que tiene “Ruah” en el mundo bíblico dependen de la asunción de este término (16). Así el aliento que recibió y que reconoce a través de su propia respiración es el origen de la vida y de la muerte: *“Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”* (Gn 2, 7).

Cuando es origen de la vida es femenino, cuando lo es de la muerte es temible y masculino, pues sólo es necesario que Yahvé lo retire para que toda carne halle al instante la muerte, o para que todo hueso reviva: *“Hijo de hombre, ¿podrán vivir estos huesos? Yo dije: Señor Yahvé tu lo sabes. Entonces me dijo: Profetiza sobre estos huesos. Les dirás: Huesos secos, escuchad la palabra de Yahvé . Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros y viviréis”* (Ez 37, 3-5).

El Espíritu de Dios va mostrándose y revelándose en los diferentes encuentros antropológicos; ellos se tornan en teología. Teología del primer encuentro es observar en la propia experiencia que Adán y Eva aprehenden la vida al tomar la “Ruah” de su creador y, como consecuencia, al temer su retirada por el inmenso poder que ejerce en sus acontecimientos. Vida y muerte están íntimamente unidas a esta misteriosa fuerza primigenia.

Aprender este misterio es re-comenzar la historia de la salvación ¿Por qué? Porque toda la creación previa, es decir, los seis anteriores días están cerrados en sí

mismos, acabados en el Ruah que los armonizó haciendo desaparecer el caos (Gn 1, 1-2). La “Ruah” los creó pero no se nos dice cómo. Su creación está cerrada en el misterio. No así el día séptimo. Esta jornada no está cerrada, no ha acabado; está abierta al futuro de la creatividad humana (17).

En el séptimo día Adán y Eva (la humanidad de los hijos del creador), toman consciencia de la creación que les rodea y el caos se hace orden en su mente virginal. Dios descansa y ellos actúan. ¿Cómo? A través del “Ruah” que hace posible algo más que re-encarnar el milagro de la creación. Para el hombre de fe a partir de este instante atemporal se le exige más que asimilar el milagro de la creación comenzar a reencarnar en su propia experiencia la creación del milagro.

Adán y Eva, en cuanto hijos de Dios, se separan del resto de lo creado porque a partir de este conocimiento (conocimiento que siempre se sigue asumiendo en el mítico paraíso), aprehenden que su devenir está guiado por la mano de Dios y todo es posible en él si escuchan la Palabra. El milagro está en sus manos. El caos aparece y desaparece en el séptimo día dependiendo de su entrega al “Ruah” recibido.

La historia de la Biblia es la historia del hombre que ama o rechaza esta sabiduría. El rechazo retorna al caos primigenio, la aceptación posibilita, al ser finito que es el hombre, al reencuentro con la “Ruah” que le creó, y del que es imagen, para comenzar a realizar, como Yahvé, la creación del milagro.

Los textos bíblicos se mueven en esta constante. Lógicamente hay que tener ojos para verla. Israel a través de sus teólogos-escritores dejaron constancia de esta visión de la historia.

Ruah e historia Israelita

La historia de la salvación que narran los textos del primer testamento o antigua economía tiene su propio credo. El capítulo 26 del libro del Deuteronomio recuerda la gesta que realizó el Señor de la historia y que jamás deberá olvidar el pueblo: *“Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y tenso brazo en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel.”* (Dt 26,8-10).

Quien se siente poseído por el Espíritu reconoce en su fuero interno que su vida es una constante letanía de alabanza al creador. Todo cuanto sucede se debe al poder del Espíritu que se actualiza en cada historia. Así ocurrió y sigue ocurriendo. Poco importa que la economía sea antigua o moderna; de hecho, para quien la vive, siempre es nueva.

En la economía que estamos aquí reflejando y que deviene de la “Ruah” femenina y creativa, el Espíritu de Dios se torna, antropológicamente hablando, masculino y fuerte. El hace que el pueblo, nacido y trascendido a la filiación divina, se defina, colectivamente, como hijo. Hijo donde el Padre realiza desde los orígenes y para quien sabe ver, señales y prodigios.

Todo el Antiguo Testamento es un saber ver estos hechos a través de la vivencia que expresa el teólogo-escritor. Hechos que, previamente, han sido vividos y que, posteriormente, en su re-lectura vuelven a vivirse y reencarnarse en el instante en el que se ponen por escrito.

Los autores, sean estos yahvista, sacerdotal o deuteronomista, siempre recuerdan en sus escritos que desde los orígenes el Espíritu de Yahvé ha sido quien ha guiado al pueblo. El cristianismo guarda fiel recuerdo a esta promesa-alianza al reconocer que tras la resurrección es también el Espíritu (ahora denominado Santo), quien sigue guiando al pueblo (= Iglesia).

Moisés retoma la promesa y la convierte en alianza. El “Ruah” le conduce desde la zarza ardiendo hasta la tierra prometida. El Espíritu es el guía de Moisés en toda su legendaria andadura, el que hace con su fuerza que las aguas se separen (Ex 15,8) y el que le conduce durante los cuarenta años por el desierto (Dt 8, 2). El Espíritu siempre está presente cuando se asume la soledad. ¿Por qué?. Porque es en el desierto de cada vida donde la soledad nos presenta la propia realidad.

Israel tuvo que aprehender la suya para descubrir en ella todo su devenir. Devenir cifrado míticamente en los cuarenta años o en los cuarenta días de Jesús en el mismo y único desierto. Es en el desierto donde se ve florecer en el horizonte de las posibilidades humanas la tierra prometida que mana leche y miel (Dt 34, 1-14).

Posiblemente la sordera del creyente es la que va convirtiendo al “Ruah” más y más atronador, más y más tempestuoso (18). La historia de los jueces carismáticos que posteriormente dirigieron las tribus de Israel es buena prueba de ello.

Las guerras comienzan a ganarse cuando el “Ruah” alienta al pueblo y, literalmente, machaca al enemigo. Su poder es temible. La historia de Jefé recuerda que la promesa hecha alianza tiene dos firmantes: uno el “Ruah”, otro el pueblo. Jefé vence cuando el Espíritu le guía, mas la muerte del enemigo lleva implícita la propia cuando ha de sacrificar a su única hija (Jue 11, 29-40).

La conquista de la tierra es la historia de Israel, aún en nuestros días. La conquista de la tierra tiene, como en el caso de Jefé, sacrificios imprevisibles. Pero todo ello no pasaría de simple diario de una existencia si, a través de lo objetivo, no fuéramos capaces de ver el camino interior que encierra y el en que el “Ruah” está revelando la historia de la salvación.

El sacrificio de la hija de Jefé y el sacrificio de Jesús de Nazaret tienen un valor simbólico para el creyente de hoy y de siempre si, dejándose guiar por el Espíritu, entronca con la historia de la salvación del pueblo de Israel que no es otra que la historia de la salvación del ser humano.

Conseguir, dejándose aprehender, la salvación, ha sido siempre la historia de la humanidad. En cada tiempo la humanidad tiene su propia escritura. En aquel entonces eran las guerras y las conquistas de tierras las que marcaban el acontecer.

La antropología se va depurando hasta convertirse en cristología. El paraíso del Génesis y el Apocalipsis siempre han estado separados por la necesidad humana; necesidad que llamamos, según las ocasiones, tiempo, muerte, caos, destrucción etc.

El “Ruah” de la historia que narran los jueces es tan fuerte como las guerras que dirige. En esta época el Espíritu siempre estará en movimiento. Empujando a Sansón: *”Y el espíritu de Yahvé comenzó a excitarle en el campamento de Dan”* (Jue 13,25); preparando a Gedeón antes de la batalla contra los madianitas: *“El espíritu de Yahvé revistió a Gedeón...”*(Jue 6,34) o, en definitiva destruyendo a los filisteos (Jue 15,14-16; 16,25-31).

El teólogo-escritor sabe que esta fuerza llamada “Ruah” es la que salva al pueblo porque, de hecho, es la que él mismo siente cuando está reencarnando y recapitulando la historia. El autor sagrado, llámese yahvista, sacerdotal o años después Mateo, Lucas, Pablo o Juan aprehende por propia experiencia que el hijo (Pueblo; en la plenitud, Cristo) se salva o condena conforme responde a la llamada del “Ruah”.

El “Ruah” hará grande a lo más pequeño. La historia del gran rey David comienza con la victoria sobre el gigantesco Goliat. Al margen incluso del comportamiento del creyente (caso de David 2 Re 11-12,15), bastará con dejarse guiar por el Espíritu para vencer cualquier obstáculo. No hay comportamiento que merezca tal privilegio, el “Ruah” es un don divino que sopla como el viento donde Dios quiere.

Así abandona a Saul: *“El espíritu de Yahvé se había apartado de Saul y un espíritu malo que venía de Yahvé le perturbaba”* (1Sam 16,14), y se traslada a David hasta el fin de sus días *“Estas son las últimas palabras de David: ...El espíritu de Yahvé habla por mí, su palabra está en mi lengua...”* (2 Sam 23, 1-7).

El pequeño David se convierte para la posteridad gracias a este Espíritu que le conducirá más allá de su existencia terrena, en el gran rey de Israel (1 Sam 16, 1-13). En el hombre que junto a su hijo Salomón ha hecho resplandecer de gloria a una pequeña confederación de tribus y ha trascendido su paternidad biológica llegando hasta el Jesús de la historia que, en Cristo, trasciende a la misma historia.

Con David el Espíritu comienza a ser menos volátil (19). El guerrero descansa en el poeta y traslada a Salomón la lira de su espiritualidad. No deja de ser sintomático que el “Ruah” se torne tras David menos violento y más profundo. Con David el Espíritu permanece hasta la muerte y más allá de la muerte: *“Pues firme ante Dios está mi casa, porque ha hecho conmigo un pacto sempiterno, en todo ordenado y custodiado.”* (2Sam 23, 5).

El “Ruah” y David permanecen unidos. El creyente comienza a intuir que el Espíritu siempre estará junto a él porque nunca ha dejado de estar a su lado. No en vano David es prototipo y génesis de la estirpe (según el Espíritu) de Jesús. A partir del

ungido la experiencia del “Ruah” se humaniza. Observemos este nuevo antropomorfismo en los profetas de Israel.

Ruah y profetismo

La Ruah descansa de manera más permanente en el mundo profético (20) . Cierto que en los profetas anteriores al exilio se temía especialmente a los falsos profetas: *“Cuanto a los profetas, el viento se los lleve pues carecen de Palabra”* (Jer 5, 13). Aquí se habla de viento de forma despectiva ya que es la Palabra de Yahvé, en contraposición del espíritu de los profetas falsos, la que guía al pueblo.

El libro primero de los reyes en su capítulo 22 arremete contra los falsos profetas que entran en trance para predecir la mentira (22, 10). Por esta razón en esta etapa es más frecuente escuchar la Palabra que sentir el Espíritu. No obstante, poco a poco la “Ruah” va adentrándose en el pueblo dando paso a la nueva creación que culmina en Cristo.

Desde la perspectiva del espíritu falso escuchamos en el libro de los Números las palabras que Moisés dirige al joven Josué: *“¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Quién me diera que todo el pueblo de Yahvé profetizara porque Yahvé les daba su espíritu!”* (Nm 11, 28-29). Moisés y con él todo el pueblo están hartos de los falsos profetas. Mejor sería que la “Ruah” descansará en todos. Este deseo no es vano, ya que se hace realidad en Cristo.

Los profetas post exílicos comienzan con Ezequiel a profundizar teológicamente en la fuerza de la “Ruah”. Por supuesto que aquí no se habla de una fuerza personificada como en el Nuevo Testamento. La tercera persona de la divinidad sigue siendo “Ruah” incontrolable y no personificada: *“En cuanto a Egipto, es humano, no divino, y sus cabellos, carne, y no espíritu”* (Is 31, 3).

“Ruah” de Yahvé no es aún equiparada a persona divina, no obstante se va, antropomórficamente hablando, humanizando: *“Allí fue sobre mí la mano de Yahvé”* (Ez 3,22). Esta mano es “Ruah” cuando unos versículos antes hace exclamar al profeta: *“Entonces el espíritu me levantó y oí detrás de mí el ruido de una gran trepidación...Y el espíritu me levantó y me arrebató; yo iba amargado con quemazón de espíritu...”* (Ez 3,12-14).

“Ruah” será a partir de este hijo de hombre (título que asumirá Jesús) quien haga decir la verdad y por tanto, donde la Palabra se reencarne: *“Por eso, profetiza contra ellos, profetiza, hijo de hombre: El espíritu de Yahvé irrumpió en mí y me dijo: Di. Así dice Yahvé...”* (Ez 11,4-5).

La Palabra de Dios se hace humana cuando el Espíritu habita en el profeta. “Ruah” permanece junto al fiel igual que el amor que Yahvé depositó en Abraham, desde los días de antaño (Miq 7,20). La fuerza impetuosa primigenia se ha convertido en fuerza espiritual que acompaña al profeta de la verdad: *“Tendrán vergüenza los videntes y confusión los adivinos; y se taparán todos el bigote, por no haber ya respuesta de Dios, Yo, en cambio, estoy lleno de fuerza, por el espíritu de Yahvé...”* (Miq 3,7-8).

“Ruah” es, a estas alturas de la antropología que estamos convirtiendo en teología, fuerza moral que se transforma en vida. Vida que llegará a cubrir a María y con ella a todos los cristianos para anunciar el nacimiento de la nueva humanidad querida por Dios desde la antigua economía (Lc 1, 35).

Ahora, en el primer testamento, Ezequiel intuye esta vida que genera la “Ruah” cuando exclama: *“Así dice el Señor Yahvé a estos huesos: He aquí que yo voy a hacer entrar el espíritu en vosotros, y viviréis. Os cubriré de nervios, haré crecer sobre vosotros la carne, os cubriré de piel, os infundiré espíritu y viviréis; y sabréis que yo soy Yahvé”* (Ez 37,5-6).

La fuerza salvaje del viento primigenio es ahora la fuerza moral que da vida al creyente. *“Crea en mí, oh Dios, un puro corazón, un espíritu firme dentro de mí renueva; no me rechaces lejos de tu rostro, no retires de mí tu santo espíritu”* (Sal 51,12). Comenzamos a escuchar que el Espíritu es santo. Se comienza a perfilar teológicamente hablando al Espíritu Santo.

Desde las guerra y la sangre hemos llegado a la paz y a la ciencia. La paciencia del sabio se trasluce en el libro de la sabiduría y cómo no, en la manera en que expresa la fuerza de Dios (21). “Ruah” es aquí sabiduría, ciencia moral que guía el acontecer del creyente. Estamos a las puertas de la plenitud que reclaman los evangelios. Cristo está llegando, como en María, al corazón del hombre de buena voluntad.

El Espíritu se ha introducido en el corazón del creyente mostrándole que la verdad siempre la ha tenido dentro de él: “cuando el discípulo está preparado, llega el maestro” (22). María parió esta oculta verdad desde los orígenes confiando que su “fiat” se universalizara. La Palabra de los orígenes se va reencarnando... y el tiempo entre el Génesis y el Apocalipsis va desapareciendo.

El niño Adán, creado en los orígenes, nace para la eternidad: *“La Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro; y su hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono.”* (Ap 12, 5). El auténtico y único Adán que es Cristo nace con el Espíritu y vive arrebatado en la eternidad de Dios.

La sabiduría del segundo o nuevo testamento exige del creyente asumir las verdades del primero o antiguo testamento. Asimismo y de forma contraria, el Génesis de la humanidad adánica se aprehende cuando se nace virginalmente en el Apocalipsis del final de cada devenir.

El profeta Nehemías aprehende a través de su experiencia y oteando el pasado exclama que *“Tu espíritu bueno les diste para instruirles...”* (Neh 9, 20). El

conocimiento que Adán y Eva sintieron al respirar conscientemente la “Ruah”, se va haciendo más y más vital en el ser humano con el transcurrir del tiempo. El profeta reconoce que el Espíritu ha sido desde siempre quien ha creado al homínido y quien posteriormente le ha instruido para que, trascendiéndose, llegue a ser humano.

Esta instrucción es la que el escritor-teólogo muestra cuando a través del libro de la sabiduría proclama que ella es “Ruah”: *“En efecto, en alma fraudulenta no entra la Sabiduría, no habita en cuerpo sometido al pecado; pues el espíritu santo que nos educa huye del engaño, se aleja de los pensamientos necios y se ve rechazado al sobrevenir la iniquidad”* (Sab 1, 4-5).

Este es el rechazo que provoca el actuar de Jesús y el que el Deuteroisías evoca en sus cantos del siervo de Yahvé. Para comprender estos cantos ya no hay que guiarse por lo objetivo. Los tiempos de David han sido trascendidos. Ahora hay que vivir la experiencia de fe desde la interioridad. El siervo aparecerá como un deshecho, sin embargo, la gloria de Dios permanece en él desde el principio.

“He aquí mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzará el tono y no hará oír en la calle su voz.” (Is 42, 1-2). La sabiduría que rezuman estas palabras sólo se supera con las del Evangelio.

La ley que imprime el Espíritu está cincelada en el corazón del hombre. No es preciso a estas alturas de la antropología abrir la boca. Cristo está emergiendo en los cantos del profeta. Ahora el Espíritu se escucha en el silencio, en el desierto de cada creyente. Allí se dictan las leyes eternas y se vence al adversario (=Satan).

Aproximadamente cuatrocientos años antes de nuestra era un profeta llamado Zacarías nos sitúa en estas coordenadas cuando dice: *“...su corazón hicieron de diamante para no oír la Ley y las palabras que Yahvé Sebaot había dirigido por su espíritu, por ministerio de los antiguos profetas...”* (Zac 7, 12).

La Ley ha estado esculpida desde siempre en el corazón del ser humano. Allí el Espíritu sopla desde los orígenes. No siempre el creyente ha sabido escuchar. Es más, cuando ha tenido ojos para ver y oídos para escuchar, el Espíritu se ha adaptado a su particular antropología. La letra transcurre a lo largo de la historia cambiando la expresión; no obstante, lo expresado, el Espíritu, es fiel así mismo.

CONCLUSIÓN

Desde el inicio de este ensayo hemos intentado aproximarnos al misterio que denominamos Espíritu Santo desde la visión antropológica. ¿Por qué? Porque cada creyente hablará del “Ruah” conforme lo viva.

En este breve recorrido por el Antiguo Testamento hemos tratado de encontrar un hilo conductor que nos permita descubrir el Espíritu conforme lo experimentaban en cada tiempo. Se exprese en femenino o en masculino, “Ruah” no tiene género. Su misterio trasciende la palabra que trata de definirlo.

Cierto que a veces se expresa en femenino y las menos en masculino. Su ambivalencia es un puro antropomorfismo de quien lo experimenta. Dios no es varón ni hembra. Más, en Dios no somos varones ni hembras, simplemente somos.

El Antiguo Testamento va aprehendiendo este misterio que proclamará el apóstol Pablo (Gal 3, 28) conforme va descubriendo la revelación que le muestra en su propia historia esa fuerza que se denomina “Ruah”.

“Ruah” es el misterio de Dios que se introduce en la vida humana. Desde entonces esta vida comienza a ser historia. Cuando llega la plenitud de los tiempos “Ruah” y ser humano se hacen uno: Cristo es el primogénito de esta nueva y eterna creación (23).

Antigua o Nueva economía el Espíritu siempre es el mismo. El A.T. nos presenta al Espíritu en el devenir de la historia. Su presentación va cambiando desde lo objetivo y exterior a lo subjetivo e interior. Toda una pedagogía que nos muestra la grandeza de Yahvé en cuanto Padre que va enseñando a su hijo la aprehensión del misterio insondable de su Ser.

“Ruah” infinito en el finito del creyente. El Espíritu siempre ha permanecido junto a su creatura. Desde el paraíso, Adán sintió algo más que el animal del que procedía. Esa nueva visión de la creación es un hálito de vida (Is 42, 5) que recorre la historia hasta nuestros días. El teólogo re-lee la historia, la reencarna y convierte la antropología propia en teología, es decir, en cristología.

Desde la cristología, que es el Apocalipsis de la humanidad, el eterno Adán está naciendo gracias a la “Ruah” que convierte la nada, el polvo, en ser: imagen del creador. Yahvé es en la historia el que fue, es y será. El hombre comienza a ser cuando ese misterioso hálito le hace emerger de la nada.

Un simple “soplo” divino es el todo de la humanidad. Misterioso “Ruah” que nos envuelve y acaricia como la brisa o nos atormenta y somete como el viento. Cada devenir tiene y conlleva sus propias tormentas. El cristiano experimenta que al final, como si de una apacible tarde primaveral se tratara, la borrasca del devenir desaparece.

Borrasca que es tiempo entre el Génesis y el Apocalipsis. Tiempo que es muerte y desaparece, como las nubes de nuestra ignorancia, cuando en cada plenitud abrimos los ojos por primera vez y aprehendemos, a través del Espíritu, que la resurrección es el paraíso anunciado desde la primera página de nuestros mitos ancestrales.

Constantino Quelle

NOTAS

1.- Los dos anteriores números de esta revista (79, 80), han desarrollado diversos ensayos con el fin de aproximarnos al significado divino de los conceptos Padre e Hijo desde la perspectiva bíblica. Hoy lo hacemos desde el concepto Espíritu Santo.

2.- “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios...” (Gn 1, 1-3). La palabra viento tiene aquí como en muchos lugares de la Biblia el significado de espíritu.

3.- Revista Biblia y Fe nº 80

4.- El pasaje de la creación ya citado y que corresponde al autor sacerdotal, más que explicar la creación de la nada, explica el orden desde Dios : la desaparición del caos cuando la Palabra de Dios es escuchada en la creación. Esta es la problemática que tiene el pueblo deportado y la solución que brinda el autor : escuchad a Yahvé. A nuestro juicio hay un enigmático pasaje en el profeta Amós en el que el vacío o la nada de lo absoluto, en contraposición de lo creado, queda latente y remite al misterio al que tratamos de aproximarnos : “Y sucederá que, si quedan diez hombres en una misma casa, morirán. Sólo quedarán unos pocos para sacar de la casa los muertos. Y si se dice al que está sentado en el más apartado rincón de la casa. ¿Hay todavía alguien contigo ?, él dirá : “Nadie”, y el otro añadirá : ¡Calla !, pues no se debe llamar a Yahvé por su nombre” (Am 6, 9-10). ¿Es en la nada, en el vacío, en el silencio donde se pronuncia el nombre de Dios ?

5.- Para la concepción cristiana de la historia toda antropología culmina en antropología cristológica ¿Por qué ? Porque en Cristo se da la plenitud de las posibilidades humanas. Asimismo, la antropología cristológica es, desde el campo de las ciencias religiosas, pura teología. De ahí que sea imposible separar (cristianamente hablando) antropología y teología..

6.- “La experiencia de Jesús sigue destellando en los cimientos de las verdaderas existencias cristianas. Esto, adoptando una expresión de L. Wittgenstein, es lo “místico” : se “muestra” en súbitos vislumbres de resonancia numinosa sobre las pantallas de las conciencias humanas”. Cf. Gómez Mier, V., La refundación de la moral católica. El cambio de matriz disciplinar después del concilio Vaticano II, Navarra 1995, p. 615.

7.- El autor anteriormente citado dirá en el epílogo de su obra en relación a la forma de explicar la moral con éticas concretas adaptadas a cada tiempo “Este Epílogo queda escrito sobre un instante de tiempo que va desde la Ascensión hasta Pentecostés. Dato cronológico que posee además una denotación simbólica : designa también los intervalos que median entre las oscuras ausencias y los iluminados presentimientos. Teológicas o no, las éticas muestran reiteradas *refundaciones* en estos intervalos”. Cf. Gómez Mier, V., o. c.

8.- Efectivamente, si nos retrotraemos en el tiempo observaremos que el relato de la caída presupone, previamente, haber trascendido al homínido que llevamos dentro, De hecho, antes del relato genésico de Caín y Abel, los homínidos se habían estado matando entre ellos durante millones de años. Lo trascendente de Caín es comprobar en su propia experiencia que al ser humano no le está permitido hacerlo. Este es el gran enigma que nos presenta el autor cuando hace exclamar al bárbaro Lámeq, en relación con la revelación de este acontecimiento : “Caín será vengado siete veces”. A partir de este instante, Caín, en su pecado, es sagrado, porque, de hecho, sólo puede reconocer el mal quien previamente conoce el bien. (Gn 4, 15.24).

9.- “Desde el principio las comunidades cristianas, luego la Gran Iglesia a medida que se fue desarrollando y, después de la escisión religiosa, las iglesias nacidas de las distintas confesiones sintieron, cada una a su manera, como perturbadores y peligrosos los movimientos visionarios, entusiásticos y carismáticos que apelaban al Espíritu Santo (por ejemplo, los montanistas, los seguidores de Joaquín de Fiore, los movimientos baptistas, los cuáqueros, las iglesias pentecostales). Ante las supuestas alternativas del “orden o desorden, carisma o ministerio”, se llegó en buena medida a una canalización, más aún, a una fijación de la acción del espíritu” Cf. Hilberath, B.J., Pneumatología, Barcelona 1996, p. 15.

10.- Si bien los textos contra la libertad e igualdad de la mujer no son de cuño paulino, sino añadidos posteriores para acallar su vehemencia crítica, no es menos cierto que en ellos se refleja el sentir de la sociedad en la que se movían las primeras comunidades cristianas. Sentir que sigue llegando hasta nuestros días disfrazado con infinidad de máscaras que, en ocasiones, son difíciles de detectar, y más aún de denunciar.

11.- “La doctrina occidental acerca del espíritu... no llegó a ser primordialmente una doctrina sobre el Espíritu, sino sobre la administración del espíritu por la Iglesia” Cf. Hollenweger, W.J., Geist und Materie, Munich 1988, p. 305. Citado por Hilberath, B.J., o. c. p. 15.

12.- En relación con la antropología que respiran los textos bíblicos es interesante (y con una redacción fácil de comprender), la obra de Pastor Ramos, F., Antropología Bíblica, Navarra 1995.

13.- “Espíritu. *Significado*. El hebreo ruah (femenino) significa originariamente, como pneuma, espíritu, - aire en movimiento - , aliento o viento. Hay quien supone que el sentido más antiguo sería el de viento y que el aliento sólo habría aparecido después del siglo V a.C. Mas, contra tal hipótesis, está el hecho de que en los más antiguos textos ruah significa tanto - aliento - (Gén 45,27 ; Jue 15,19 : Miq 2,7) como - viento - (p. eje., Gén 3,8 ; Éx 10,13.19), y que la lengua poética, que a menudo conserva concepciones primitivas presenta al mismo viento como el resoplido de la ira de Dios (Éx 15,8 ; 2 Sam 22,16)...” Cf. AA.VV. Diccionario de la Biblia, Barcelona 1970, col. 606

En relación con esta última acepción Hilberath, citando a H. Schüngel Straumann, indicará que si bien Ruah es siempre un sustantivo femenino se puede aducir prudentemente y “...en el contexto de su perspectiva, - algunas conclusiones provisionales -. Según ellas, *rwah* está formulado como masculino, cuando tiene en sí algo *violento* (el destructor viento del Este, el poder que pudiera arrebatarse a un profeta, y otras cosas por el estilo)” Cf. Hilberath, B. J., o. c. p. 39.

14.- El descanso de Yhavé en el séptimo día de la creación contrasta con la actividad del Espíritu. El Midrash es al respecto muy sugerente : “Cuando amasaba el polvo del primer hombre, estaba en un lugar puro : estaba en el ombligo de la tierra. Lo iba modelando y preparando, pero aún no tenía ni espíritu ni alma. ¿Qué hizo el santo, bendito sea ? Le sopló con el aliento animado de su boca y le infundió el alma, como está dicho : Y sopló en sus narices el aliento del espíritu de vida (Gn 2,7). Entonces Adán se puso de pie y comenzó a mirar arriba y abajo. Su estatura llegaba desde uno al otro confín del mundo” Cf. Pérez Fernández, M., Los capítulos de Rabbí Eliezer ,

Valencia 1984, p. 65. Citado por Muñoz León, D., La mística judía, en “Mística y religiones”, Madrid 1887, p. 33.

El midrasista informa que “el aliento animado” de Yahvé es el que da vida y hace que Adán esté a tal altura sobre el resto de la creación que es capaz de ver los confines del mundo. Así Jesús cuando es tentado. El hombre con el Espíritu vive, está en continuo movimiento, ¡crea ! ; el hombre sin Él se paraliza, ¡muere !.

15.- Para comprender el paso de la antropología bíblica a la paulina, que es, a su vez, la que nos sirve de base para asimilar el mensaje evangélico, bueno es recordar el trabajo de Robinson, J., El cuerpo. Estudio de teología paulina, Barcelona 1968.

16.- El A.T. al margen de los conceptos de aliento y viento traduce la Ruah de muy diversas maneras : fuerza vital, espíritu, ánimo, fuerza de voluntad. Así Wolff, H. W., Antropología del Antiguo Testamento, Salamanca 1977, pp. 53-61.

17.- La tradición sacerdotal al relatar los seis primeros días de la creación los culmina con la fórmula “Y atardeció y amaneció”. Ello invita a pensar que estos días son acabados en sí mismos. No así el séptimo día ya que la mencionada fórmula desaparece dando a entender que este día está sin acabar. ¿Por qué ? Porque la historia de la salvación se está realizando en este simbólico momento ; instante en el que nos encontramos y en el cual el ayer, el hoy y el mañana siguen estando presentes en el día siete de aquella primigenia creación que todavía no ha culminado.

18.- Uno de los efectos más temidos del Ruah en la antropología del A.T. era el de viento. “...El huracán que puede romper los montes y escindir las rocas (1 Re 18, 11) trae por mandato de Dios el *fin del diluvio* (Gén 8, 1 P). En tiempo de las *plagas de Egipto*, el viento de oriente trajo a la tierra de los faraones las devastadoras bandadas de langostas, y el viento del oeste las trajo al mar (Éx 10, 13.19)”. Cf. Bauer, J.B., Diccionario de teología bíblica, Barcelona 1967, col. 335

19.- Efectivamente, tras la época de los jueces, el Espíritu permanece en quien lo recibe. “Como resultado de la intervención del juez, movido por el Espíritu del Señor, el pueblo recobra la paz y la tranquilidad. Sin embargo la presencia del Espíritu en los Jueces era algo esporádico, de modo que el Espíritu divino no permanecía para siempre en el Juez”. Cf. Fernández Lago, J., El Espíritu Santo en el mundo de la Biblia, Santiago de Compostela 1998, p. 33.

20.- Así lo explica Pikaza cuando indica que con los grandes profetas del pueblo de Israel “...desaparece prácticamente el concepto de espíritu como fuerza estática que guía a los adivinos y guerreros. El espíritu se convierte en la expresión de la fuerza salvadora de Yahvé...” Cf. Pikaza, X., Jesús y la realidad divina del Espíritu en “Introducción al cristianismo”, Madrid 1994, p. 239.

21.- “El Espíritu es la *Sabiduría de Dios en beneficio del hombre*. Por eso enseña lo que le conviene al hombre. Hay en la sabiduría un hálito del poder divino, que es emanación de la gloria pura de Dios y que penetra en todos los espíritus inteligentes (Sab 7, 22ss)”. Cf. Fernández Lago, o. c. p. 53.

22.- Así reza un proverbio budista cuando expresa que la verdad siempre permanece en el corazón del hombre. Cristo dirá que el templo vivo de Dios siempre ha estado en el corazón humano (Jn 4, 20-24).

23.- “El ruah del hombre es idéntico al ruah de Dios, pero sólo como los rayos del sol que brilla en una habitación son idénticos al sol. Solamente en este sentido el ruah del hombre es esencialmente idéntico al ruah de Dios” Cf. Mork, W., Sentido bíblico del hombre, Madrid 1970, p. 108.